

SERIE PECADOS



Rey de la **IRA**



ANA HUANG

CROSS
BOOKS

SERIE PECADOS



Rey de la
IRA

ANA HUANG

1

Vivian



—No me puedo creer que esté aquí. Nunca viene a este tipo de eventos a no ser que los organice algún amigo.

—¿Has visto que ahora está por encima de Arno Reinhart en la lista de multimillonarios de *Forbes*? Cuando se enteró el pobre Arnie, casi le da algo en medio del Jean-Georges.

Los rumores empezaron a circular en mitad de la recaudación de fondos anual de la Fundación Frederick para la fauna, destinados a ayudar a las especies en peligro de extinción.

Este año, la estrella del acontecimiento era el pequeño frailecillo silbador, un ave del mismo color que la arena. Sin embargo, de los doscientos invitados allí presentes, quienes bebían Veuve Clicquot y comían *cannoli* de caviar, no había ni uno que estuviese hablando del bienestar de dicho animal.

—He oído que han destinado cien mil millones de dólares a arreglar la finca familiar que tienen en el lago de Como. ¡Cien mil! Aunque la vivienda ya tiene sus siglos, así que ya le tocaba.

Cada susurro era más y más fuerte e iba acompañado de miradas furtivas y algún que otro suspiro soñador.

Ni siquiera me di la vuelta para ver quién estaba causando tanto furor entre los miembros de la alta sociedad de Manhattan, de por sí fríos a más no poder. Me importaba más bien poco. Estaba demasiado ocupada mirando cómo la heredera de unos grandes almacenes, vestida con unos tacones de infarto, se tambaleaba al acercarse a la mesa de muestras. Echó una ojeada rápida a su alrededor, cogió una de aquellas bolsitas de regalo personalizadas y se la metió en el bolso.

Cuando se alejó, dije por el pinganillo:

—Shannon, código rosa en la mesa de muestras. Descubre a quién le ha robado la bolsa y sustitúyela.

Las bolsas que ofrecíamos esta noche, repletas de muestras, estaban valoradas en más de ocho mil dólares. Sin embargo, era más fácil destinar parte del presupuesto del evento a cubrir el coste de otra bolsa que tener que enfrentarnos a la heredera de Denman.

Mi ayudante gruñó al otro lado de la línea.

—¿Tilly Denman ootra vez? ¿Acaso no tiene suficiente dinero como para comprarse todo lo que hay en esa mesa y que le sigan sobrando millones de dólares?

—Sí, pero no lo hace por dinero, sino por el subidón —le conté—. Ve. Mañana pediré un pudín de plátano de la pastelería Magnolia para compensarte por la extenuante tarea de tener que reemplazar una bolsa por otra. Y entérate de dónde se ha metido Penelope, por el amor de Dios, tendría que estar en la zona de regalos.

—Ja, ja —soltó Shannon, que había pillado mi sarcasmo—. De acuerdo, yo soluciono lo de las bolsas de regalo y busco a Penelope, pero más vale que el pudín de mañana sea bien grande.

Reí y sacudí la cabeza a la vez que cortaba la conexión. Mientras Shannon se ocupaba de lo de las bolsas de rega-

los, yo me paseé por la sala por si tenía que apagar otro fuego, por pequeño que fuera.

Al principio de dedicarme a esto, me resultaba extraño trabajar en eventos a los que yo misma estaría invitada. No obstante, con el paso de los años, me había ido acostumbrando y lo que ganaba me permitía disfrutar de cierta libertad para no depender tanto de mis padres.

Dinero que no venía ni de mi fideicomiso ni de mi herencia. Me lo ganaba a pulso como organizadora de eventos de lujo en Manhattan.

Me encantaba el reto que suponía crear un precioso acontecimiento desde cero, y a las personas pudientes les encantaba todo aquello que fuese precioso. Todos salíamos ganando.

Estaba comprobando que el equipo de sonido funcionara bien antes del discurso inaugural cuando, de repente, Shannon vino corriendo hacia mí.

—¡Vivian! ¡No me habías dicho que venía! —siseó.

—¿Quién?

—¡Dante Russo!

Al oír ese nombre, cualquier pensamiento relacionado con las bolsas de regalos se me evaporó de la mente.

Desvié la vista de inmediato hacia Shannon, a quien le brillaban los ojos y estaba sonrojada.

—¿Dante Russo? —El corazón me empezó a latir con fuerza sin motivo aparente—. Pero si no confirmó asistencia.

—Bueno, a él no le hace falta confirmar asistencia. —Mi ayudante casi tiritaba de la ilusión—. No me puedo creer que haya venido. La gente se pasará semanas hablando del tema.

Y entonces entendí a qué venían los susurros de antes.

Dante Russo, el enigmático director ejecutivo del Grupo Russo, un grupo de bienes de lujo, casi nunca se dejaba ver el pelo en eventos que no hubiese organizado él mismo, uno

de sus amigos más cercanos o algún socio importante. La Fundación Frederick para la fauna no entraba en ninguna de esas categorías.

Además, era uno de los hombres más ricos de Nueva York y, por ende, estaba siempre en el punto de mira.

Shannon tenía razón. La gente se pasaría semanas, o incluso meses, hablando de que había venido.

—Mejor —dije intentando controlar mi ahora desbocado corazón—. A lo mejor así conseguimos que los invitados se conciencien un poco más sobre los frailecillos silbadores.

Mi ayudante puso los ojos en blanco.

—Vivian, a nadie le importa... —Enmudeció de repente, miró a su alrededor y sentenció bajando la voz—: En el fondo, a nadie le importan los frailecillos silbadores. Que sí, vale, que están en peligro de extinción, pero seamos realistas: los que han venido, no lo han hecho por eso.

Volvía a tener razón. Aun así, el motivo de su asistencia daba igual. La cuestión era que los anfitriones estaban recaudando dinero para una buena causa y el acontecimiento en sí ayudaba a que mi negocio siguiera en pie.

—El tema principal de la noche es lo guapo que está Dante —señaló Shannon—. Nunca había visto a un hombre a quien le quedara tan bien un esmoquin.

—Shan, que tienes novio.

—¿Y? No por eso tengo que dejar de apreciar la belleza en los demás.

—Ya, bueno, yo diría que ya la has apreciado suficiente. Hemos venido a trabajar, no a babear con los invitados. —La empujé cariñosamente hacia la mesa de postres—. ¿Te importaría traer más tartaletas vienesas? Se están acabando.

—Aguafiestas... —gruñó a pesar de obedecerme.

Intenté volver a centrarme en revisar que el equipo de sonido estuviese preparado, pero no pude evitar pasear la

vista por la sala en busca del invitado sorpresa de la noche. Vi al *DJ* y la exposición de un frailecillo silbador en 3D, y luego reposé la mirada en la multitud que se encontraba cerca de la entrada.

Había tantísima gente que solo veía a los que estaban en los bordes, pero me apostaba todo lo que tenía en el banco a que Dante era el centro de atención de todos los allí amontonados.

Aquella aglomeración de gente se movió un ápice y pude atisbar un mechón de pelo oscuro y unos anchos hombros, lo cual confirmó mis sospechas.

Al corroborar su presencia, un escalofrío me recorrió de arriba abajo.

Dante y yo pertenecíamos a grupos sociales muy cercanos, pero nunca habíamos llegado a presentarnos oficialmente el uno al otro. Y, por lo que había oído de él, estaba más que satisfecha con que la cosa siguiera así.

No obstante, su presencia era magnética y yo me sentía atraída hacia él incluso desde la otra punta de la sala.

Una persistente vibración en la cintura se deshizo del cosquilleo que me envolvía la piel y logró que apartara la atención del club de fans de Dante. Cuando saqué el móvil del bolso y vi quién me estaba llamando, me dio un vuelco el estómago.

No debería responder a una llamada personal mientras estaba trabajando, pero es que una no podía ignorar a Francis Lau.

Miré a lado y lado para asegurarme de que no hubiera ninguna emergencia que requiriera mi atención inmediata y me metí en el baño más cercano.

—Hola, padre. —Tras casi veinte años de práctica, aquel saludo formal me salió de la boca con total facilidad.

En su día, le llamaba *papá*; sin embargo, cuando Joyas

Lau conoció el éxito, dejamos atrás nuestra pequeña casa de dos habitaciones y nos mudamos a una mansión en Beacon Hill, él mismo insistió en que le llamáramos *padre*. Por lo visto, sonaba más «sofisticado» y tenía más «caché».

—¿Dónde estás? —se interesó con voz grave desde el otro lado de la línea—. ¿Por qué hay tanto eco?

—Estoy trabajando. Me he metido en un baño para poder contestarte. —Apoyé la cadera en la encimera y me sentí obligada a añadir—: Es una recaudación de fondos para evitar que se extingan los frailecillos silbadores.

Suspiró con pesadez y sonreí. La paciencia de mi padre era bastante limitada cuando se trataba de escuchar las extrañas excusas que se inventaba la gente para celebrar una fiesta, aunque luego él mismo acudía a dichos eventos y aportaba su granito de arena. Porque era lo que había que hacer.

—Cada día descubro una nueva especie en peligro de extinción —se quejó—. Tu madre se ha metido en un comité que recauda fondos para no sé qué pez o algo así, como si no comiéramos marisco cada semana.

Mi madre, que antes había sido esteticista, ahora era miembro de la alta sociedad en toda regla y también pertenecía al comité de una organización benéfica.

—Dado que estás trabajando, seré breve —continuó mi padre—. Nos gustaría que vinieras a cenar con nosotros el viernes por la noche. Tenemos algo importante que contarte.

A pesar de cómo lo formuló, aquello no fue una invitación.

Se me desdibujó la sonrisa.

—¿Este viernes por la noche? —pregunté enfatizando la primera palabra. Yo vivía en Nueva York y mis padres en Boston, y ya estábamos a martes.

Era precipitado incluso para ellos.

—Sí —respondió sin entrar en detalles—. La cena es a las siete en punto. No llegues tarde. —Y colgó.

El móvil se me quedó helado, pegado a la oreja un segundo más, y luego me fue resbalando por la sudada palma de la mano hasta que casi me cayó al suelo. Conseguí pillarlo al vuelo y lo guardé en el bolso.

Una simple frase y la ansiedad ya se había apoderado de mí. Era increíble.

Tenemos algo importante que contarte.

¿Habría pasado algo en la empresa? ¿Se habría puesto alguien enfermo o se estaría muriendo algún conocido? ¿Acaso pensaban vender la casa y mudarse a Nueva York como ya habían amenazado con hacer anteriormente?

Un sinfín de preguntas y posibilidades me inundaron la mente.

No tenía la respuesta a ninguna de ellas, pero algo sí sabía:

Que te citaran con urgencia a la mansión de los Lau nunca era buena señal.